
LOS PUEBLOS
MÁS BONITOS
DE LA
ESPAÑA VACÍA
FRANCESC
RIBES
ANAYA
TOURING

LOS PUEBLOS MÁS BONITOS DE LA ESPAÑA VACÍA

FRANCESC RIBES

ANAYA TOURING





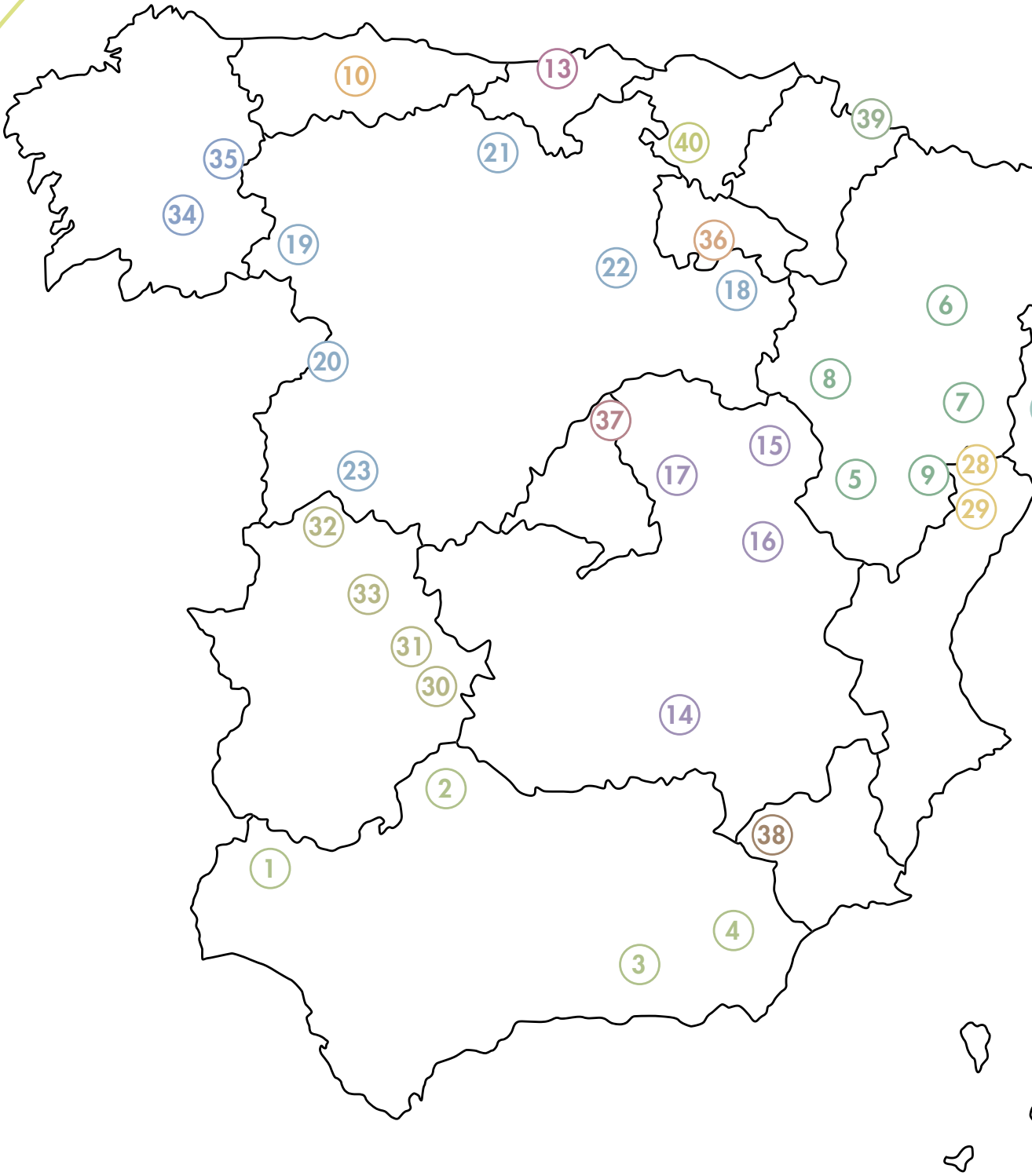
Para Olga, por supuesto.

«¡Ver pueblos! ¡Ver nuevos pueblos, ver los más posibles! ¡Poder decir: también ahí he estado!».

Miguel de Unamuno
Por tierras de Portugal y de España (1911)

«… nos despertamos con el afán del que llega a un pueblo desconocido y ansía la hora de echarle el primer vistazo».

Emilia Pardo Bazán
Por la España pintoresca (1895)


10
13
39
40
21
35
34
19
36
22
18
6
20
8
7
37
15
23
17
5
9
28
29
32
16
33
31
30
14
2
38
1
4
3



Sumario

Introducción — 10

Andalucía — 14
Aragón — 36
Asturias — 66
Canarias — 72
Cantabria — 84
Castilla-La Mancha — 90
Castilla y León — 114
Cataluña — 150
Comunidad Valenciana — 172
Extremadura — 184
Galicia — 208
La Rioja — 220
Madrid — 226
Murcia — 232
Navarra — 238
País Vasco — 242

Créditos — 246
Créditos de las imágenes — 247

ANDALUCÍA — 14

1. Almonaster la Real — 14
2. Belalcázar — 20
3. Trevélez — 24
4. Lucainena de las Torres — 30

ARAGÓN — 36

5. Albarracín — 36
6. Los pueblos de colonización de los Monegros — 42
7. Valderrobres — 48
8. Daroca — 54
9. Cantavieja — 60

ASTURIAS — 66

10. Bermiego — 66

CANARIAS — 72

11. Tejeda — 72
12. Betancuria — 78

CANTABRIA — 84

13. Potes — 84

CASTILLA-LA MANCHA — 90

14. Villanueva de los Infantes — 90
15. Molina de Aragón — 96
16. Uña — 102
17. Pastrana — 108

CASTILLA Y LEÓN — 114

18. Yanguas — 114
19. Puebla de Sanabria — 120
20. Fermoselle — 126
21. Cervera de Pisuerga — 132
22. Santo Domingo de Silos — 138
23. La Alberca — 144

CATALUÑA — 150

24. Durro — 150
25. Gandesa — 156
26. Siurana — 162
27. Montsonís — 168

COMUNIDAD VALENCIANA — 172

28. Morella — 172
29. Ares del Maestrat — 178

EXTREMADURA — 184

30. Puebla de Alcocer — 184
31. Guadalupe — 190
32. Casares de las Hurdes — 196
33. Torrejón el Rubio — 202

GALICIA — 208

34. Castro Caldelas — 208
35. O Cebreiro — 214

LA RIOJA — 220

36. Villoslada de Cameros — 220

MADRID — 226

37. Puebla de la Sierra — 226

MURCIA — 232

38. Moratalla — 232

NAVARRA — 238

39. Orbaizeta — 238

PAÍS VASCO — 242

40. Añana — 242

No tan vacía

Hace menos de diez años, varios escritores y ensayistas pusieron nombre y actualizaron un fenómeno tan antiguo y habitual que casi pasaba desapercibido: lejos del mar, la Península se estaba quedando sin habitantes. La España vacía pasó pronto de ser una síntesis acertada a un tópico devaluado y hasta vilipendiado, porque vacía derivó en vaciada, para subrayar una intencionalidad en el hecho de que campos y pueblos se estén quedando sin habitantes y sin servicios. En cualquier caso, que en los últimos años se hable tanto de la España rural ha servido al menos para que muchos viajeros descubran con sorpresa y admiración que a pocos kilómetros de su casa se extienden paisajes tan bellos como ajenos al bullicio del turismo urbano. En *Rutas para descubrir la España vacía* (2020) propuse 23 itinerarios que transitaban los territorios más despoblados, es decir, la llamada Serranía Celtibérica (desde La Rioja hasta Valencia) y la Franja Céltica (en la frontera con Portugal), pero señalaba que «en casi todas las comunidades autónomas se pueden encontrar municipios al borde de la extinción por falta de personas». Completar ese panorama y resaltar esos pueblos rebosantes de atractivos y asediados por la soledad es la pretensión de este libro. En los caminos que conducen hasta ellos están los paisajes donde se lee la historia de este país.

Tan cierto es que la España vacía existe como que nunca estuvo muy llena. En 1900, cuando la Francia metropolitana, con una extensión algo superior a la nuestra (552 000 km² frente a 505 990 km²), rondaba los 39 millones de habitantes, en España no llegábamos a los 19 millones. Y hoy Gran Bretaña o Alemania, con una superficie bastante inferior a la española, tienen muchos más habitantes: 64 y 83 millones, respectivamente, frente a 48 millones de españoles. Son solo dos ejemplos del contraste que supone la demografía española frente a la densidad de Europa Occidental. No es un fenómeno nuevo: los viajeros extranjeros que recorrieron la Península de los siglos XVII al XIX trataron ampliamente del asunto, al igual que los escritores de la generación del 98, los regeneracionistas y autores de generaciones más recientes que han novelado un mundo rural que cada vez nos suena más lejano. Tampoco es nueva la voluntad de revertir esa situación.

Desde los tiempos de la Reconquista, la obsesión de los cristianos —aparte de expulsar, someter o masacrar infieles— era repoblar cada nuevo territorio conquistado. En cuanto un señor, rey u orden religiosa se hacía con una comarca o la recibía como recompensa por su contribución a los intereses de la fe o la Corona, no tardaba en emitir cartas pueblas o cartas de población en las que se detallaban los privilegios que obtendrían quienes allí se instalaran. No sorprende, entonces, que muchos de los pueblos que aparecen en este libro conserven parte de sus murallas, se apiñen en torno a un



castillo o se encaramen en lo alto de un cerro: nacieron como puestos militares avanzados para controlar y defender un territorio.

El objetivo de las cartas o fueros de población era asentar las tierras que se habían conquistado por la fuerza de las armas, ampliar y fijar fronteras, y revitalizar la economía, lo que también beneficiaba a las arcas reales. Con la espada, el arado y el rebaño se colonizó casi toda la meseta, pero cada contienda supuso un nuevo retroceso. Tras la última, la Guerra Civil, la dictadura de Franco, a través del Instituto Nacional de Colonización, construyó más de 300 poblados en tierras abandonadas o devastadas. Algunos de esos pueblos aparecen, como comprobarán los lectores, en las páginas dedicadas a Aragón.

Los poblados de colonización fueron la última iniciativa de alcance nacional que se acometió para frenar la despoblación, pero no sirvió para contrarrestar la gran migración del campo a la ciudad, que comenzó a mediados del siglo pasado y que es el origen del agudo contraste que hoy percibimos entre las áreas urbanas densamente pobladas y el entorno rural. Esa es otra peculiaridad hispana: la escasa distancia que separa las grandes urbes de las tierras poco habitadas. Desde una gran capital como Madrid, con una densidad de población superior a los 5400 hab/km^2, se llega en poco más de una hora a los pueblos de la Sierra Norte, la comarca madrileña con menos habitantes, o a los páramos y valles de la Alcarria, donde abundan los municipios con densidades inferiores a los 8 hab/km^2.



Una geografía única

Aparte de los avatares históricos, hay otro factor que ayuda a entender la peculiar forma en que habitamos la Península (también el campo portugués sufre de despoblación): la geografía. Si algo caracteriza el suelo ibérico es su diversidad. Hasta que el cambio climático comenzó a trastocarlo todo, España se encontraba en una latitud intermedia y benigna, lejos de los calores africanos y las inclemencias europeas, con suelos fértiles donde se podía cultivar casi de todo. Esa diversidad aún está presente en nuestra despensa y también en la bodega: nuestra riqueza vinícola es consecuencia de una formidable variedad de cepas, suelos y microclimas.

Por otra parte, gracias a la especial geografía ibérica contamos con la mayor red de reservas de la biosfera del mundo, nada menos que 53. Los contrastes paisajísticos de España, que van desde los densos bosques navarros hasta las soledades volcánicas canarias, son prueba de una naturaleza riquísima, única… y también difícil de ocupar. En este sentido, y simplificando mucho, algunos pensadores han aventurado que si España está vacía es porque no se puede llenar. Salvando las (muchas) distancias, sería algo parecido a lo que ocurre en Australia, donde el 90 por ciento de la población vive en un puñado de áreas urbanas y costeras mientras el resto del continente permanece casi vacío debido a su carácter desértico. En comparación, España es un vergel, aunque tiene zonas lo bastante áridas como para evocar los desiertos del Oeste norteamericano o los páramos afganos (o así se lo parece a los productores de Hollywood).

Antaño, en España había zonas tan remotas que se podía castigar a alguien con el destierro sin que tuviera que cruzar frontera alguna. Es lo que le ocurrió a Miguel de Unamuno, cuyas críticas a la dictadura de Primo de Rivera le valieron la pérdida de la cátedra en Salamanca y el exilio en Fuerteventura, en Playa Blanca, en un paisaje que «es triste y desolado, pero tiene hermosura». Hoy es un paraíso para surfistas. Siglos antes, otro escritor, Francisco de Quevedo, también pagó con el destierro sus veleidades políticas, y aunque su destino —Torre de Juan Abad (Ciudad Real)— está bastante más cerca de la Corte que las playas majoreras, tuvo que echar mano de grandes dosis de estoicismo para aceptar su retiro «en la paz de estos desiertos…».

Pueblos por descubrir

En definitiva, la España vacía puede verse con nostalgia, desesperación y hasta enojo por lo que pudo ser y no fue, o lo que algunos creen que fue. O también con la expectativa de descubrir algo desconocido y cercano. Con la geografía y la historia como aliados, los viajeros del siglo XXI viajan hoy por comarcas españolas de horizontes infinitos y cielos puros, y lo que perciben no es desolación y abandono, sino paz, silencio y tranquilidad, bienes muy escasos en las grandes ciudades. Los pueblos son los nexos que conectan rutas motorizadas o los campos base de senderistas, ciclistas o montañeros que descubren valles y montes frondosos o semidesérticos sin andar pendientes del reloj.

Las poblaciones que se reseñan en este libro-guía sufren la amenaza de la despoblación, sí, pero no la del abandono, porque su patrimonio histórico, artístico y natural les garantiza un hueco en las agendas de los viajeros y turistas bien informados. Son 40 y están repartidas por casi todas las regiones —solo faltan las islas Baleares, y no por falta de pueblos con encanto, sino porque la despoblación no es un problema en el archipiélago, salvo en algún municipio—, pero hay muchísimas más porque habría que sumar otras riquezas: las vidas de quienes habitan estos pueblos y las experiencias de quienes los visitan, pero esas no caben en un solo libro.

Almonaster la Real y su inmenso filón

ANDALUCÍA

Situación
Noroeste de Huelva

Comarca
Sierra de Aracena y Picos de Aroche

Habitantes
1785

Densidad
5,75 hab/km²

Más información
almonasterlareal.es
turismoalmonasterlareal.com
sierradearacena.com

En 2018, Almonaster la Real ingresó en el club de Los Pueblos Más Bonitos de España, pero eso no ha impedido que su población decrezca poco a poco, de forma inversamente proporcional a los visitantes que recibe, pues esta localidad vive de la riqueza forestal de su extenso municipio, de la minería, de los cerdos ibéricos que se crían en la dehesa, y cada vez más del turismo rural, atraído por su historia, su patrimonio arquitectónico y su proximidad a Sierra de Aracena y Picos de Aroche, nombre de un valioso parque natural y también de una de las comarcas de Huelva que más habitantes pierde año tras año. Así se explica la bajísima densidad de Almonaster la Real, que llegó a tener más de 9000 habitantes hacia 1920, en pleno auge de la minería, y que hoy no llega a los 1800, repartidos entre el pueblo y las 14 aldeas de su término municipal.

Necrópolis, dólmenes y otros vestigios han demostrado que el entorno de Almonaster ya estaba habitado hacia el año 3000 a.C. Los romanos pasaron por aquí y también los árabes, que asumieron la palabra latina *monasterium* en el topónimo al Munastyr, del que deriva el nombre actual.

Precisamente la mezquita es la joya del patrimonio almonasterense, porque en ella converge buena parte de su historia por la vía del reciclaje, algo, por otra parte, bastante habitual en los monumentos españoles. En un principio, hubo un edificio romano, transformado luego en basílica o monasterio visigodo. A finales del siglo IX se construyó la mezquita de nueva planta, aunque se aprovecharon sillares, columnas y capiteles romanos de los siglos I y II que se advierten en el *haram* o sala de oración: cinco impresionantes salas sostenidas por arcos de ladrillo y orientadas hacia la *quibla*, el muro que mira a La Meca, señalada por el *mihrab*, también construido en ladrillo. En una de las esquinas se alza el alminar, reconvertido en campanario en el siglo XVI. Antes, en el XIII, cuando estas tierras fueron ocupadas por los cristianos, comenzaron las reformas en el templo —la mayoría en estilo mudéjar—, que pasó a ser la iglesia de Nuestra Señora de la Concepción y que se prolongaron hasta el XVIII, de ahí la multitud de elementos arquitectónicos de distintas épocas y estilos que se pueden rastrear en sus piedras. Menos suerte tuvo el castillo o recinto amurallado, dentro del cual vivían los almonasterenses hacia el siglo XIII. Con el paso de los años, perdió interés defensivo y hoy apenas quedan vestigios que permiten imaginar





su perímetro. A sus pies fue creciendo la población, un conjunto histórico de calles empedradas y casas con elementos góticos, mudéjares o renacentistas, cuya blancura contrasta con la piedra de la mezquita. Desde el castillo, solo hay que seguir las calles que descienden hacia la plaza del Ayuntamiento, donde destaca la espadaña de la capilla de la Santísima Trinidad. Por las calles Real y Jacinto Navas se llega al otro gran templo de Almonaster: la iglesia de San Martín, construida entre los siglos XIV y XV en estilo gótico y mudéjar, y con una portada que evoca el estilo manuelino de las iglesias rurales portuguesas. Alrededor de este templo y su bonito campanario creció Almonaster apaciblemente en los siglos siguientes, hasta que en el XIX el municipio quedó integrado en la provincia de Huelva y llegó la minería.

Aguas Teñidas

En este punto es preciso echar mano de la geología. Resulta que buena parte del término de Almonaster la Real se encuentra en la Faja Pirítica Ibérica, una de las mayores concentraciones de metales no férricos del mundo, que recorre el sudoeste de la Península, desde Alcácer do Sal (Portugal) hasta Sevilla. Este



REZOS Y TOROS

Una de las peculiaridades del conjunto monumental de Almonaster la Real es que junto a la mezquita y el castillo hay una plaza de toros. Por mucho que el visitante reniegue de la bárbara fiesta, deberá reconocer que las vistas desde el graderío son espectaculares. La plaza se inauguró en 1821 y es el resultado de la reutilización arquitectónica que tan habitual ha sido en la historia de Almonaster, ya que fue construida sobre el antiguo patio de armas de la fortaleza y se aprovecharon restos de su muralla. En la página anterior, una vista de la mezquita. En esta página, arcos y columnas de sus salas de rezo.

inmenso filón se explotaba desde los tiempos del Imperio romano, pero fue durante la Revolución Industrial cuando se multiplicó la extracción de minerales, principalmente en la cuenca de Riotinto. En Almonaster, el principal yacimiento fue el de Aguas Teñidas, de donde se extraía cobre y otros minerales. En el siglo XIX la actividad minera dinamizó la economía y la vida de Almonaster hasta el punto de que llegó a ser uno de los municipios más poblados de la provincia de Huelva. Pero llegó el declive de la minería, que se tradujo en un prolongado éxodo rural a lo largo de todo el pasado siglo. En los últimos años, sin embargo, la minería vuelve a ser un negocio rentable en Aguas Teñidas, y la obtención de cobre, cinc y plomo es de nuevo uno de los principales recursos económicos del municipio.

Con el auge de esta actividad, nacieron muchos poblados mineros que, con el tiempo, se fueron abandonando y desaparecieron entre la vegetación, excepto las aldeas de El Patrás, Cueva de la Mora y Mina Concepción, donde ese legado histórico e industrial sigue vivo, a la espera de que sea rehabilitado y aprovechado como un recurso educativo, paisajístico y turístico, al estilo del cercano Parque Minero de Riotinto.

UN PUEBLO, 14 ALDEAS

Una peculiaridad de Almonaster la Real es que en el pueblo solo viven unas 600 personas, el resto de sus habitantes se reparte en unas 14 aldeas dispersas por todo el municipio. En el pasado llegaron a ser 25 y las que siguen habitadas ilustran diferentes periodos de la historia de la localidad o nos descubren su compleja orografía. Así, una ruta por las aldeas más interesantes debería pasar por Cueva de la Mora, cuyas casas recuerdan su pasado minero; Escalada, una de las más antiguas; Aguafría, con una curiosa arquitectura popular; Los Molares, rodeada de encinares; La Estación, en el entorno del apeadero, construido en 1889, de la línea Zafra-Huelva; El Patrás, también de claro sabor minero, o Acebuches, asomada al parque natural. Abajo, una calle de Almonaster.



Era de la Cuesta

La agricultura también ha sido fuente de riqueza en Almonaster, y así lo prueba la Era de la Cuesta, una explanada donde antaño los campesinos trillaban el cereal aprovechando el viento que soplaba sobre ella. Se llega atravesando el puente de la Tenería, de origen romano, hasta la empedrada era. Hoy es un excepcional mirador para contemplar Almonaster en su totalidad, y también uno de los escenarios de las Cruces de Mayo, coloridas y ancestrales fiestas donde suena el fandango, máxima expresión folclórica de Almonaster.

Algo más lejos, a unos 20 km, la ermita de Santa Eulalia es centro de la romería más antigua de España en honor a la santa. Se celebra desde 1606, y la ermita es interesante por otro motivo: tres de los muros del ábside corresponden a un mausoleo de época romana, es decir, el templo, que se construyó en el siglo XV, es también un yacimiento arqueológico. Senderistas y ciclistas se aventuran por los cientos de caminos que cruzan montes y aldeas de Almonaster, y en la mayoría de estas se pueden probar y adquirir los productos más preciados de la gastronomía local: embutidos ibéricos, a poder ser jamones y paletas de la DOP Jabugo.



DEHESAS Y BOSQUES

En sus 187 000 ha, el Parque Natural Sierra de Aracena y Picos de Aroche es un conjunto de suaves montes donde predominan las dehesas de encinas y alcornoques y los bosques de robles y castaños. En ellos viven ginetas y nutrias, entre otros mamíferos, y vuelan cigüeñas negras, buitres o milanos. El centro de visitantes de Aracena (a unos 27 km de Almonaster la Real) dispone de amplia información sobre los senderos que recorren los paisajes más cautivadores de esta magnífica reserva natural. Además de Aracena, conviene visitar otros pueblos, como Cortegana, Cumbres Mayores o Jabugo.